

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS?

LA GRAN CONVERSACIÓN CIUDADANA

Escrito por Carlos De La Puente*

Si uno pudiera escuchar todas las conversaciones y leer todas las que ocurren en redes, ¿qué encontraría? Imaginemos que llevamos a cabo esta suerte de espionaje en la Universidad de Lima. Seguramente escucharíamos y leeríamos sobre romances, exámenes, fiestas, “reus”, música, trabajos para la universidad, la práctica preprofesional, sobre chicos y chicas, arte, fútbol, tal clase aburrida y la otra entretenida, modas, cine, teatro y un larguísimo etcétera. Y sería más o menos lo mismo en cualquier otra universidad o en cualquier otro grupo de jóvenes peruanos.

Todas las conversaciones repercuten en la evolución de la sociedad. Lo que charlamos en los cafés, en la universidad, en el trabajo, en la calle, en los micros, en el Facebook y en el twitter

es una parte del complejo proceso social a través del cual se modifican las leyes y la cultura. Pero de todos los temas que pueblan la conversación cotidiana, hay uno que influye mucho más en nuestras vidas y en la sociedad. Ese es la política. Mientras que las charlas sobre fútbol, por ejemplo, no determinan lo que pasa dentro del campo de juego -Gareca tuvo el acierto de ignorar olímpicamente la presión de las tribunas-, las que tratan sobre política son, en una democracia, el lugar donde se empieza a construir la marcha de la historia. En relación con las más importantes decisiones que deben tomar los gobernantes, los que están en la tribuna no son simples observadores.

Lo que se llama “opinión pública” comienza en efecto en los encuentros pequeños. El filósofo alemán

Jurgen Habermas ha explicado la importancia que los bares y los cafés tuvieron en Europa durante los siglos XVII y XVIII para el surgimiento de lo que llamamos hoy opinión pública. Se dice también que la revolución americana, que creó a los Estados Unidos de Norteamérica, se forjó en discusiones de taberna bajo el influjo de la cerveza. Por supuesto que los medios de comunicación son también actores fundamentales de esta gran charla colectiva. Pero el encuentro personal o en redes sociales juega desde entonces un papel insustituible.

En las próximas semanas veremos en nuestro país una presencia cada vez mayor de los temas políticos en nuestras conversaciones. Y será en esas charlas donde los peruanos forjaremos algo tan

importante para nuestros proyectos de vida como los cambios en la Constitución, “la ley de leyes”.

Dado que esta decisión popular será crítica, es deseable que la gran conversación ciudadana que la preceda sea “buena”. Pero ¿qué significa que una discusión pública sea buena? Algunos estudiosos dicen que es muy difícil responder directamente a esa pregunta y que más simple es señalar ejemplos de su contrario, es decir, de una deliberación colectiva mala. Así, dicen estos especialistas, la elección de Donald Trump hace dos años en Estados Unidos y la de Bolsonaro en Brasil hace unas semanas nos muestran lo contrario a una discusión social buena, nos muestran, esto es, una conversación pública descarrilada.



“Los medios de comunicación y la propaganda se reparten la responsabilidad, pero también algo del problema parece estar en los espacios más pequeños.”

Otros filósofos se han animado a definir las condiciones necesarias para un diálogo público bueno y por lo tanto democrático, y afirman que estas condiciones son dos: que nadie se crea superior cuando se conversa sobre los asuntos que conciernen a todos y que los participantes en estos diálogos acepten la prevalencia del mejor argumento. Igualdad y racionalidad, dos ideales de la democracia.

Sobre la racionalidad, un tema más filosófico si se quiere, nuevamente parece más fácil identificar lo irracional que definir lo racional. Un ejemplo claro de irracionalidad se presenta cuando alguien apoya una ley o a un movimiento que afecta sus derechos. En estos casos tenemos buenas razones para pensar que una distorsión se ha introducido en el proceso de

pensamiento de esa persona, lo que la ha llevado a decidir contra su propio interés. ¿Dónde está la falla en esos casos? Pregunta complicadísima. Los medios de comunicación y la propaganda se reparten la responsabilidad, pero también algo del problema parece estar en los espacios más pequeños.

Dado que podemos encontrar en la historia del Perú algunos ejemplos de decisiones colectivas irracionales, cabe preguntarse lo siguiente: ¿es posible hacer algo para que en nuestro día a día se dé una deliberación más racional?, ¿qué necesitamos para que los diálogos de los peruanos sobre política tengan rigor lógico y acepten como verdadero solo aquello sustentado en evidencias?

